

Gracias por la invitación a venir.

Hace unos días entrevisté a Anatole Larrabeiti, el fiscal de la zona oriente de Santiago, el uruguayo-chileno, que tenía cuatro años cuando fue abandonado con su hermana Victoria -de un año y medio - en la Plaza O'Higgins de Valparaíso. Sus padres, uruguayos son detenidos desaparecidos desde que cayeron en manos de la policía federal argentina en Buenos Aires, el 26 de septiembre de 1976. Victoria y Anatole son los primeros nietos en ser encontrados con la ayuda de las Abuelas de la Plaza de Mayo.

Cuándo le pregunté si no estaba cansado de contar la misma historia una y otra vez, me dijo algo que me quedó dando vuelta: "Hay que evidenciar ciertas cosas de modo que no ellas no pasen a un peligroso inconsciente colectivo."

Me pareció tan acertada esa reflexión y me di cuenta que aquella era la razón, la síntesis de mi determinación de todos estos años, esta majadería en seguir contando el cuento a quienes me quieran escuchar. Y a los que no, también. Lo que algunos necios y miopes llaman "quedarse pegada en el tema".

Querido Anatole, hago más tus palabras y desde ya aviso que hasta que pueda, seguiré poniendo mi voluntad y mi memoria en la búsqueda de la justicia y la verdad. Y volveré a contar para los que llegaron tarde y recordar para los que olvidaron que, mi hermana María Cecilia, socióloga, y su marido, Guillermo Tamburini, médico argentino, fueron secuestrados del departamento de la calle Córdoba 3386, cuarto piso, en Buenos Aires, en la madrugada del 16 de julio de 1976. Volveré a contar que ella tenía 27 años al momento de su secuestro, que había militado en el MAPU y, todo indica, terminó en el MIR. Ninguno de los dos cuerpos han sido encontrados hasta ahora.

En los próximos meses viajaré con mi querida amiga Laura Elgueta a Buenos Aires a atestiguar en el juicio, que se inició el 5 de marzo, en el marco de la llamada "Operación Cóndor". Será la ocasión para juzgar a 25 imputados por crímenes de lesa humanidad cometidos durante el último gobierno militar argentino. Entre ellos están Jorge Rafael Videla, muerto, solitario y despreciado, en una cárcel común, en mayo pasado. Se indagará sobre el secuestro y desaparición de 106 víctimas, en su mayoría uruguayos, pero también hay argentinos, paraguayos, chilenos, bolivianos y un peruano. Se prevé el paso de unos 450 testigos y se calcula que el juicio durará, aproximadamente, dos años.

Serán incluidos los casos de 21 ciudadanos chilenos que fueron secuestrados y hechos desaparecer en Argentina. Son 15 hombres, 5 mujeres y un bebé, quienes-casi todos- se refugiaron en ese país luego del Golpe en Chile. En la lista está mi hermana y el hermano de Laura, Luis Enrique "Kiko" Elgueta Díaz, secuestrado en Buenos Aires el 27 de julio de 1976 -once días después que María Cecilia- junto a su pareja Clarita Fernández y su cuñada Cecilia Fernández, ambas de nacionalidad argentina.

Sólo tengo la memoria y la palabra: ellas son mis herramientas, mis armas, mis tesoros. Con ellas no sólo he intentado honrar la vida y el nombre de María Cecilia y Willy sino la de todos y cada uno de los que desaparecieron y encontraron la muerte un día cualquiera.

Lo he dicho tantas veces –dentro y fuera de Chile- y lo reitero acá: una persona sin memoria no tiene rostro, no tiene historia, carece de identidad y pasado. No puede aprender porque no ha recogido ninguna lección, no se ha hecho cargo de ningún error. Solo amnesia. Y la amnesia es la vecina de la demencia, del vacío, la nada.

Las palabras son las mismas porque mi herida sigue abierta. Sospecho que sólo tendría que suceder algo muy notable para que ella cierre. Algo tan extraordinario como que se llegara a la verdad sobre lo qué sucedió con cada uno de nuestros caídos, con nuestros hermanos, hermanas, hijas, hijos, padres, madres, amigas y amigos, que, quizás, nunca se conocieron entre sí pero tienen algo indeleble en común: todos ellos fueron desaparecidos para, probablemente, terminar al fondo del mar, enterrados en el desierto nortino o bajo la tierra húmeda de un bosque del sur de Chile. O, quizás peor, en medio de un paisaje extranjero.

Tendría que ocurrir algo tan milagroso como que cada familia de las víctimas de la barbarie alcanzara esa anhelada justicia, abrazara a esa mujer altiva, de piel de mármol, con la vista vendada y el corazón frío. Esa figura solitaria ubicada en los pasillos de los tribunales, que observamos durante años; la acechamos, la maldecimos, le rogamos como a esos santos mudos de los altares cristianos. Si hubiésemos podido, le habríamos prendido velas y prometido mandas. Pero con el tiempo caímos en la cuenta que en el juego de las balanzas una se inclinaría, invariablemente, hacia el lado de los victimarios, los asesinos, los sedientos de poder, de sangre y venganza.

Sucedió tantas veces que hoy son muchos los que creen que esta pesadilla no puede tener otro final, que el resto es fantasía, un sueño imposible, como el que perseguía Don Quijote y sus molinos de viento. Quizás ellos tengan razón. Pero también estamos los que aún creemos y luchamos por que los responsables de tanto crimen sean castigados con las penas que merecen porque como tan lúcidamente dijo Estela de Carlotto, presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, “lo que no se juzga se repite”.

Claro, hay noches en que el insomnio nos agobia y perdemos la esperanza. Entonces, en la oscuridad silenciosa, pienso en la gente que se enjuaga la boca con el perdón y la reconciliación y la necesidad de dar vuelta la hoja mientras levanta la copa en el cóctel de rigor y las palabras caen del aire como bolas de fuego en una magistral proeza circense que se cierra con un brindis. La noche se alarga junto con las sombras. Durante muchos años me consolé pensando que no era la única que sufría de insomnio. Me imaginaba a Pinochet sin poder conciliar el sueño y en vez de contar ovejas contaba cadáveres. Cientos y miles se amontonaban a los pies de su cama, a los costados, en la cabecera, entre las sábanas, frente al espejo. Ahí estaban todos, silenciosos: los caídos bajo la tortura o lejos de la patria, en el exilio, los que no pudieron más y se suicidaron, los arrojados al mar y los enterrados en el desierto, los guardados vivos en los hornos de cal,

los de las fosas comunes, los que nunca supieron de ley de fuga ni enfrentamiento alguno, los quemados vivos, los secuestrados, los enemigos, los terroristas, los antipatriotas.

Pero hasta el insomnio se acaba tarde o temprano y da paso al nuevo día. Entonces, nos vestimos con la fe y la esperanza y nos aferramos a ella como a una tabla en medio del naufragio. Contra todas las mareas, las internas y externas, queremos confiar en que algún día la balanza aquella se equilibrará en ese punto perfecto donde la verdad y la justicia se unirán en una sola voz para gritar ¡Nunca Más! Como tantos, quisiera creer que no todo está dicho ni hecho. Quisiera creer que nos reconocemos en la convicción de que los sueños son posibles, de que los milagros ocurren y que podemos torcerle la mano a la pesada realidad. Pero hay que tener la voluntad de saber y el coraje de recordar. Cada uno de nosotros, a su manera, libra su batalla con sus molinos de viento, persiguiendo la certeza de que un día el mundo girará en la dirección correcta, aunque sean nuestros hijos y nietos los testigos de ese rumbo.

Cuarenta años han transcurrido desde el Golpe. Bastó un día para que cambiara para siempre la vida de millones de chilenos, incluso de aquellos que aún no habían nacido. Después de mucho tiempo de silencios he ido, lenta y trabajosamente, quitándome las telarañas de la inercia, en la cual me sentí atrapada durante demasiados años. Poco a poco me he ido liberando de la sensación de culpa de estar viva, de ser una sobreviviente, de esa idea loca de que quienes debíamos sentir vergüenza o pudor o algo parecido somos nosotros, las familias de las víctimas, de los caídos, y no ellos. No sé bien quiénes somos “los nosotros” y menos sé quiénes son “los ellos”.

Pero de algo no tengo duda y quisiera que ustedes, los desaparecidos, sepan, uno por uno, que no los hemos olvidado, que sólo sus fotografías se han teñido de sepia. El resto, lo recordamos todo, con el amor porfiado y la memoria fresca, recién parida, como si fuese ayer.

Muchas gracias.

Odette Magnet Ferrero

Santiago, 30 de agosto, de 2013